



UN ENFOQUE, UNA LÍNEA DE TRABAJO QUE INTENTA PENETRAR EN LA COMPRENSIÓN DE NUESTRO SER SOCIAL

Autora: Mirtha Cucco

Seminario: “Las Bases Psicosociales del Comportamiento Agresivo”, organizado por la fundación Pablo Iglesias y el Instituto de la Juventud.

Madrid, 1986

UN ENFOQUE, UNA LÍNEA DE TRABAJO QUE INTENTA PENETRAR EN LA COMPRENSIÓN DE NUESTRO SER SOCIAL

Seminario: Las bases psicosociales del comportamiento agresivo.

Autora: Mirtha Cucco García

Este trabajo formó parte del Seminario: "Las Bases Psicosociales del Comportamiento Agresivo", organizado por la Fundación Pablo Iglesias y el Instituto de la Juventud. Fue presentado el día 7 de Abril de 1986.

Si bien está limitado a encuadrar y desarrollar un aspecto muy puntual, creo que es una viva expresión de mi línea de trabajo, desarrollada a la luz de una praxis constante, articulada desde el trabajo, la docencia y la investigación.

Es mi deseo que os sea de utilidad para seguir reflexionando desde la perspectiva de este enfoque.

Mirtha Cucco.

LA AGRESIÓN EN LOS DIFERENTES MODELOS FAMILIARES DE LA ACTUALIDAD, LEÍDOS DESDE LA PSICOLOGÍA Y PSICOPATOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

INTRODUCCIÓN

Partiré de situar los desarrollos de una línea de trabajo, con contenidos propios y específicos, que sirven de marco referencial para el abordaje del tema que nos ocupa.

Mi propia actividad profesional dio origen y vida a esta línea de trabajo. Fue creciendo y desarrollándose a partir de una praxis constante realizada por mí y por diferentes compañeros y compañeras que fueron sumándose desde la formación y el trabajo.

Mi formación implicó una lectura e integración, desde el materialismo dialéctico, de los diferentes aportes devenidos de una corriente que intentaba penetrar en la comprensión de las relaciones humanas, de lo grupal, de la relación que hay entre la estructura individual y la estructura social.

Los resultados habidos hasta ese momento no daban respuesta a interrogantes que se planteaban en el terreno de la Salud Comunitaria; interrogantes acerca de la praxis propiamente dicha.

Reconsidero y cuestiono el concepto de praxis en este terreno, penetro en él desde leer las contradicciones de forma diferente, de plantearme objetivos diferentes.

Desde aquí me sitúo en mi propia praxis que me ubica en lo grupal, que me lleva a la Promoción de Salud, que me cuestiona marcos conceptuales respecto a qué se entiende por la dialéctica salud–enfermedad, que me redimensiona lo bio–sico–social, que me exige un nuevo enfoque metodológico, que me reta a plantear técnicas operativas, que me cuestiona mi rol profesional asignado.

Desde este caminar, praxis constante, ubicando las condiciones socioeconómicas, leyendo las relaciones sociales de producción, situando las diferencias de clases, estudiando el giro veloz y determinante que provocan hoy los medios de comunicación de masas, voy configurando el Diagnóstico de Población.

Diagnóstico de Población que consiste en la búsqueda y sistematización de indicadores que reflejan las contradicciones del vivir cotidiano.

Nuestro quehacer profesional consistirá, entonces, en ayudar, aportando elementos, a leer las contradicciones y problemáticas básicas; lectura integradora que posibilite que la población sea protagonista activa de su propio devenir, de la resolución de sus conflictos y de la creación de alternativas.

Esto configura el desarrollo de un Saber Social, fruto del encuentro activo, en la tarea profesional, de éste y la población.

Esto implica poseer los métodos adecuados que operativicen este caminar en la praxis.

Implica una visión metodológica que articula la propia praxis. Estrategias y tácticas coherentes con el Diagnóstico de Población; métodos y técnicas operativas que permitan concretar los objetivos planteados; que permitan buscar los nuevos datos para redimensionar los objetivos.

Praxis que implica proceso, contradicciones, su lectura, su resolución, dialéctica constante, alternativas, elección, cambio, búsqueda abierta...

En relación a las bases psico-sociales del comportamiento agresivo, haré un enfoque partiendo de la consideración de la relación dialéctica que se da entre la estructura individual y la estructura social, plasmada y desarrollada por excelencia en la dinámica que nos muestra lo grupal.

Centrándonos, en este caso, en un particular grupo, el grupo familiar, como un lugar de concreción y reproducción de lo social, como un lugar de identidad de lo individual. Esto nos permitirá entender cómo se articula en el juego “social–individual” el fenómeno de los comportamientos agresivos.

Dentro de esta línea, tomaré en consideración, en este caso, algunos aspectos del desarrollo de los comportamientos agresivos que, de todos modos, no deberán interpretarse descontextuadamente.

Desde esta perspectiva, mostraré cómo, en la trama del vivir cotidiano, es donde tendremos que encontrar las raíces de un comportamiento social agresivo básico, que se produce en la propia manera de vivir.

El sujeto, estructura individual, ámbito psico-social en el lenguaje pichoniano, realiza su aprendizaje de vida, crece, a partir del interjuego de

asunción–adjudicación de roles, en los ámbitos grupales de los que es parte integrante, grupo familiar como grupo primario y grupos secundarios.

La dinámica de este interjuego, ámbito socio–dinámico, nos permite acceder a presenciara. Nos la imaginaremos como el desenvolvimiento de una obra teatral.

Se corre el telón.

Vamos a ser espectadores¹ de una novela, en este caso, la novela del grupo familiar.

Aparecen una serie de personajes en el escenario. Cada uno/a de ellos/as recibió la obra para ser estudiada y desde allí recrear el personaje.

El sentido de la obra precede a la caracterización y articulación de los personajes; caracterización y articulación que, a su vez, puede cambiar el sentido de la obra.

La obra muestra cómo el grupo familiar recrea relaciones de dependencia y como ésta es la función asignada–asumida por excelencia.

La autora es la estructura ideológica del sistema imperante, siendo la obra la expresión de sus condiciones y contradicciones socio–económicas, políticas y culturales.

Lo que veremos serán algunas situaciones prototípicas que, en ningún caso, son abarcativas de toda la gama social, es decir, que no pretenden hacer un reduccionismo de la inmensa plasticidad y juego de variables que se da en la realidad.

Personajes y situación de interjuego:

Una madre, unos hijos, una abuela, la televisión y los deberes. El padre no ha llegado aún.

La madre atareada chilla y contemporiza. Dice que la van a matar a disgustos y amenaza con que ya se acordarán..., se sume en profundas culpas, sobreprotege y chantajea. Termina agotada.

Es una madre que se “desvive” por los/as hijos/as.

Se mueve de aquí para allá, hay mucha tarea en la casa.

Ella lo hace todo; hace “todo por” los/as hijos/as (¿en lugar de ellos/as?).

Fiel esposa, debe atender al marido. Prepara su ropa y “lo viste”.

Por la noche está agotada, le duele la cabeza. “No te arrimes, hoy fui a la peluquería”.

Su vagina no existe para ella, o no le pertenece y la penetración es vivida como invasión, obligada–aceptada; muy en el fondo como una cuasi violación deseada y temida.

Se la define en este escenario por su cualidad de madre.

¹ En relación al uso del masculino y/o femenino de determinadas acepciones, para evitar la utilización de modos que perturben la lectura, se hace constar expresamente que cualquier término genérico referente a personas se debe entender en un sentido inclusivo para ambos géneros.

Un sentimiento de soledad profunda, vacío, ausencia de proyecto, corona su febril actividad, en donde aparece llena de cosas por hacer.

Los/as hijos/as demandantes. Fieles al rol asignado de “reyes y reinas de la casa”.

Se hace todo por ellos/as. Ellos/as se dejan hacer. Están en medio de papá y mamá.

Un padre ausente, tildado de privilegiado, pero con unas espaldas agarrotadas de tensión de tanto sostener el escenario sobre ellas. El mandato de que todo se le da por supuesto al hombre, es vivido como privilegio y no hay lugar a la palabra sobre su situación. El hombre calla.

La abuela necesita seguir siendo madre. La tercera edad está desprestigiada y sin espacio. Ella entregó su vida por los/as hijos/as. ¿Qué hacer ahora?

La televisión omnipotente, determinante, presidirá el cuadro en un lugar de privilegio.

Siete de la tarde de un día cualquiera.

Los chicos haciendo deberes en la mesa de la sala de estar.

Sus cuartos, obsesivamente colocados, no se usan.

- *Mamá, ayúdame a hacer este resumen.*
- *A mí primero, me lo he pedido.*
- *¿No les he dicho que bajen la tele?*
- *Bueno, entonces, yo miro la tele hasta que me ayudes.*
- *No, ponte ahora. Te he dicho que bajes la tele, y además falta ducharte, mira cómo tienes las cosas tiradas, todo el día fregando y acomodando para que quede así en cinco minutos.*
- *¿Tú, qué tienes de deberes?*
- *Unos problemas de matemáticas.*
- *A ver... Esto no lo entiendo. Espera a que venga tu padre y se lo preguntas.*
- *¡No! Yo quiero hacerlo ahora, después me entra sueño.*
- *Claro, tu padre viniendo a esas horas... Siempre igual.*
- *¡Claro, de señorito! Yo ocupándome de todo.*
- *Bajen esa tele que ya estoy aturdida.*
- *Hija, ya sabes cómo son los hombres. Tú a lo tuyo, ¿ya acabaste la cena? Manolo estará por llegar ya sabes... Niños, dejar a mamá un poco tranquila que tiene que hacer la cena.*
- *¡Ay! ¡Mamá, mamá! Paco me ha pegado, mira, tiró mi pegamento.*
- *¡Queréis acabar ya! Son la ocho y media y está todo por el medio. Estoy a punto de volverme loca, día tras día así.*

- *Hola chicos, ya estaréis acabando los deberes. ¡Uf! ¡Vaya día! Anda Paco pon las noticias.*
- *¿Y tú, hija, dónde está la abuela?*
- *¿Mamá, dónde estás?*
- *Hola.*
- *¡¡¡Alguien que atienda el teléfono!!!*
- *¡¡¡Salid de encima!!!*
- *¡¡¡No me tapéis!!!*
- *¡¡¡Queréis callaros!!!*
- *¡¡¡Poned más fuerte el televisor!!!...*

Los/as espectadores/as somos testigos de un caos, alta tensión y desencuentro, desbarajuste, algo cotidiano, natural, incorporado y a su vez estremecedor.

Asistimos sobrecogidos/as al desenvolvimiento de la escena. Unos/as sin enterarse, asumiendo la parte “natural” de todo esto con resignación, amparados en beneficios secundarios; otros/as estamos con ganas de devolver las entradas por lo burdo y lo grotesco; porque los personajes parecen haber aprendido libretos cambiados (¿porqué duerme el niño en el lugar del padre?) u omitido partes importantes.

¿Se están burlando de nosotros/as? ¿O de ellos/as mismos/as?

¿Quién mueve los hilos?

Algunos/as reclamamos.

Algunos personajes se detienen, por momentos, presos de su propia insatisfacción y, por momentos, escuchando nuestros reclamos.

Otros se mantienen encerrados en sí mismos, repitiendo de memoria la historia aprendida, como si debiera ser para siempre así. No pueden o no quieren enterarse de más.

Los comentarios también son diferentes:

“No son buenos actores. Se pierden cosas. No escuchan. Nadie les impone un cambio”.

“Lo menos es leer y hacerse cargo de sus propias contradicciones”.

“Está bien. Así debe ser. Hay que conservar los valores tradicionales”.

Y es aquí, en este interjugar cotidiano, donde día tras día se entreteje la novela, donde cada actor se siente articulado por esa trama, se siente preso de ella, pero siente también que puede influir sobre ella y cambiar cosas y es así que, de pronto, podríamos empezar a ver el despegar de otra escena.

Las condiciones socio–económicas y culturales marcan una situación de rupturas. El Mayo del ‘68 con aires de retraso se deja sentir. Se vive el compromiso en lo político y social.

Surgen muchos cuestionamientos.

Hay quejas que simplemente actúan de catarsis.

Hay reflexiones que encaminan un cambio.

Hay cambios costosos.

Y hay cambios que son incorporados a la trama, neutralizados sin más.

La mujer reclama un cambio en su personaje. Reclama otras áreas más allá de la maternidad. Reclama ser mujer.

El hombre también quiere cambiar. Pero no sabe qué reclamar. Más bien se siente reclamado. No puede expresar ni hacer consciente su propio drama.

Y asistimos a otra escena prototípica.

Una mujer que entiende el cambio desde todo aquello que envidiaba al hombre.

Un hombre que entiende el cambio desde hacer todo aquello que la mujer le reclamaba.

Dos que se encuentran en el escenario, para desencontrarse.

Historia de rivalidad, de distribución formal de cacharros por lavar, de horarios de cada uno.

Búsqueda de una igualdad sin diferencias que los hace competir, en lugar de búsqueda de hombre y mujer, para complementarse desde la diferencia.

Una mujer sobrecargada. Se siente pluriempleada. Hay algo de estafa en este cambio. Sigue sin ser ella. Se vacía de hombre, se vacía de maternidad. Se llena de ideas racionalizadas que la hacen funcionar.

Un hombre descolocado. Ahora, como él dice, “hace de mujer en su casa y no le causa prejuicio”; cocina, atiende a los/as hijos/as o les lleva al colegio. Efectivamente “hace” de mujer”, la parte de esa mujer sobrecargada con la que ella no puede y él se siente obligado. No puede este hombre plantearse otra cosa. Está tan legalizado y sellado que “no le pasa nada”; en todo caso lo que le pasa es que va a perder sus privilegios.

Extraña dialéctica del machismo en que el peso es reivindicado como privilegio.

Los/as niños/as, ¿Dónde están en esta escena? Qué difícil encontrar un lugar para ellos/as.

O en el escenario aparece solo “madre y padre” como categoría relevante; u hombre y mujer que no se abastecen a sí mismos; que entran en paridad con el/la niño/a; que desprenden antes de tiempo; que hacen al niño/a grande y pequeño/a a la vez en un juego desquiciante, rodeado de reglas de los Derechos de la Infancia, de un dejar hacer, de una negación de la autoridad, de la culpa, del sentirse superados/as por la situación.

Otra escena donde nos sentimos estafados/as.

Cuánto desgaste para cambiar el sentido de la obra y cuánta sensación de no sentido del cambio.

En algún momento vemos partes de esta escena que nos levantan el ánimo.

Vemos aspectos de mujer recuperados, relejendo toda la trama de una historia vincular-social y no simplemente vaciándose de hombre.

Vemos hombres que pueden bajar la sobreexigencia, que acceden a expresar lo tierno y el dolor; que se encuentran consigo mismos.

Vemos una sexualidad recuperada para el placer, pudiendo permitirse el encuentro de los dos, gozando diferencias.

Vemos el placer de la crianza.

Vemos padres que se encuentran con un hijo/a y que gozan desde el reto de crecer todos, buscando sus lugares.

Pero son como escenas clandestinas escapadas al control del autor de esta obra.

La complicidad de los actores por mantener la obra tal cual, se tambalea. El/la autor/a temió por un momento. Hizo llamadas telefónicas... Sonrió luego satisfecho/a. Está todo controlado o casi todo.

Habrà cosas que no pasarán. Para ello se buscará una nueva versión, económica, religiosa, política o moral que las acalle. Acaricia con mirada perversa el aparato televisivo...

Otras pasarán, pero también se ocuparán de neutralizarlas al máximo.

Revisa cada uno de los hilos: el económico, el político, el cultural, la OTAN, la CEE, la Iglesia, la Droga... y se va quedando semidormido en su cómoda reposera. No hay por qué preocuparse demasiado.

¿Qué es lo que mantiene con tanta fuerza esta estructura?

Estructura, definida aquí desde una lupa puesta en el grupo familiar, y que no es fruto de una disquisición intelectual aislada en laboratorio.

Ya que estas situaciones prototípicas son chequeadas, trabajadas, analizadas, para poder acceder a algún indicador, con rigurosidad científica y métodos adecuados en el caminar de nuestra praxis.

Me reafirmo en la hipótesis de que obedece a los imperativos de un sistema y a sus poderosas leyes determinadas por la estructura socio-económica, intereses de clases y de la ideología dominante.

Estos actores, a su vez, han hecho carne en su identidad, han asumido este lugar de sujeto ideológico buscado.

Han alineado su crecer; así, estarán atados a su papel, a su discurso a la fidelidad a la obra original.

Esta alineación encuentra en el pensamiento idealista, dicotómico, parcializado, no integrador de los conflictos que promueve la ideología del sistema, una fuente de sujeción.

Desde esta perspectiva, adquieren un sentido particular algunos conceptos que, en lenguaje kleiniano, nos hablarían de fomentar la fijación en los mecanismos de la posición esquizo-paranoide, evitando la elaboración saludable de la posición depresiva.

Estamos en el imperio del blanco o negro.

Nada tiene que ver una cosa con la otra.

Se cogen los términos aislados y se analizan hasta la saciedad, confiscando siempre el sentido que les da la integración.

Como por ejemplo, cuando el señor subsecretario, al terminar su argumentación sobre el por qué hay que quemar tantos vagones de patatas, expresa su solidaridad con el pueblo de Etiopía y justifica, con leyes “universalmente aceptadas” que nadie entiende, tamaña contradicción... ¡Señor! ¡Nada tienen que ver las patatas con el hambre!

Se mantiene el pensamiento concreto.

Se obstruyen los canales de acceso a la simbolización.

Se niega la coexistencia de los contrarios y por ende la posibilidad de resolver contradicciones.

Hay poca capacidad relacional, pensamiento dialéctico.

Hay discursos grotescos, empirismos sin horizontes.

Vaciedad en el discurso, inmadurez en la actitud de vida.

La integración implica opción, compromiso y crecimiento.

Ser protagonistas de sí mismos/as.

Ser autónomos/as.

Partiendo de una integración de diversos aspectos científicos acerca del proceso de crecer, desarrollada a la luz de una praxis constante, planteo el crecimiento como el camino de los sucesivos desprendimientos, a partir de nuevas adquisiciones, hacia la consecución de autonomía.

Desde lo cual, y sin ánimo de entrar a desarrollar toda la teoría, señalaré algunos puntos que nos permitan seguir la reflexión.

Por ejemplo, es importante favorecer esos desprendimientos, resituando vincularmente de forma constante el lugar de cada uno/a.

Es importante legalizar esos desprendimientos evitando el doble mensaje.

Es importante ayudar a elaborar el conflicto que implican los procesos de desprendimiento.

Viendo este proceso en una situación cotidiana, se suele, por ejemplo, salir a escondidas para evitar el llanto o pataleta del niño/a. En ese caso, el/la niño/a recibe un mensaje contradictorio, ya que se le pretende hacer creer que se está cuando no se está. Y esto desde una vivencia ambivalente del adulto/a, no resuelta (*“me tengo que ir, no debiera; está bien, me siento culpable; mejor que no te enteres”*).

Por todo esto, el niño/a asocia separación con confusión y abandono y no separación con crecimiento.

Es necesario trabajar y explicitar la ambivalencia de las dos partes del vínculo: las ganas de crecer y descubrir la vida, las ganas de mantener la seguridad conocida del regazo del adulto/a; las ganas del adulto/a del nuevo vínculo en las sucesivas etapas del crecimiento, las ganas de permanecer unidos...

Esto compromete al adulto/a a elaborar su propio crecimiento, dentro de un proyecto personal, le compromete a asumirse a sí mismo/a.

Permitirá, a su vez, al niño/a, conseguir la autonomía paso a paso, crecer...

Familia, escuela, otras instituciones básicas y medios de comunicación en una confabulación flagrante para impedir el proceso anterior.

En el grupo familiar los vínculos deberían estar al servicio de la autonomía y crecimiento de cada uno de sus miembros. Sin embargo, hoy, generan y mantienen relaciones de dependencia, favoreciendo una evolución precaria e inmadura.

Si analizamos una a una situaciones cotidianas, comprobamos este proceso vincular distorsionador del desarrollo.

Veamos cómo opera todo esto en relación con los comportamientos agresivos.

Teóricamente el niño o la niña se van desarrollando en una dialéctica de sus impulsos agresivos y de sus impulsos amorosos.

Este proceso, en un primer momento, hasta conseguir un grado de reaseguramiento, implica el uso de mecanismos de disociación, negación e idealización.

Separa los impulsos agresivos de los amorosos.

Lo bueno. Lo malo.

Luego, en caso de conseguir ese grado de reaseguramiento, de ir bajando ansiedades y sentirse más seguro, se da el pasaje a la posición depresiva.

Relaciones de objeto total; presencia de los contrarios, se quiere y se odia a la misma persona; es querido/a y frustrado/a por la misma persona.

Posibilidad de sacar la rabia, de sentir culpa, culpa que lleva a reparar, culpa sinónimo de dolor por lo acaecido.

El vínculo no se destruye, ya que contiene y posibilita la expresión de los impulsos amorosos y agresivos.

Desde el Diagnóstico de Población sucintamente bosquejado antes, a través de las escenas presentadas, este proceso y muchos otros se tergiversan desde el principio.

Hay un otro (por ejemplo: padres o madres) que decodifica toda expresión agresiva como intrínsecamente mala, vergonzante y que habrá de ser rechazada sin más, negada, reprimida o aguantada. Nunca elaborada.

El niño, por ejemplo, para reasegurarse el cariño de los adultos, deberá esconder estos impulsos; o si los expresa será tildado de caprichoso, poseedor de carácter irascible, terco o pesado.

La madre los tomará como afrenta personal:

“No me come”...

“Me llora todo el día”...

“Me hace la vida imposible”...

“Me tiene harta, acabará conmigo”...

“Me monta unos números”...

“Vaya carácter”...

Se confunde lo normal, que debe ser canalizado, con conductas anormales.

Podríamos enumerar cientos de situaciones correspondientes a diferentes etapas evolutivas que, en lugar de ser resueltas acordes a las pautas de crecimiento de cada edad, han sido enfocadas desde este tipo de decodificación distorsionada, desde una lectura dilemática y parcial, acarreando una explicación absurda, una condena de sentimientos tachados de “malos” y una moralina sobre “ser bueno/a”, como sinónimo de negación y exclusión de esos otros sentimientos.

De aquí, el pasaje a la posición depresiva estará teñido de pseudo-pasaje, o de una precaria resolución, ya que la única forma posible de resolución es desde la consideración de todos los impulsos y de la ambivalencia, en el seno de la integración de un vínculo.

Decodificación desde la perspectiva de la situación vincular. Entendimiento del conflicto, límites y posibilidades de resolver las contradicciones de la ambivalencia.

Canalización y elaboración.

Todo lo opuesto a mantener lo dilemático.

“Tienes rabia, vamos a ver qué te pasa”, en lugar de “tienes rabia, eres malo”.

Veamos un ejemplo:

Un niño tiene un hermanito. Situación que le sume en un conflicto, el de la ambivalencia de amor y odio al recién llegado.

Amor porque le aportará muchas cosas, una nueva relación.

Odio por la frustración que le provoca todo el recambio vincular familiar, espacios, tiempos diferentes, reacomodación.

Podría decirsele: “Es normal que sientas rabia, no eres malo por ello, puedes sacarte la rabia de muchos modos, pero no pegarás al hermanito”.

El niño constataría así, que puede sacar su rabia, que no es malo y que además está cuidado para poder canalizar y resolver su conflicto.

Esto le permitirá una elaboración armoniosa en la búsqueda de su lugar.

Amor y odio, dialéctica de las relaciones humanas, que metabolizados y canalizados en su integración vincular permiten la formación de una personalidad madura, con la prevalencia de una capacidad relacional realista y positiva.

Sin embargo, ¿cuál suele ser la escena habitual?

Se le dice sin más que no debe ser malo y que tendrá que querer al hermanito.

“¿Tiene pelusa?” Pregunta alguien.

“No, no, es muy bueno. Cuidará mucho al hermanito”; será la respuesta, aunque se esté sintiendo: “Jo! Con lo mal criado que es, ya veremos”, o

“Sí, tiene un poco de pelusilla; la verdad es que está insoportable, estaba acostumbrado a estar solo y es muy caprichoso. Lo hemos enviado unos días a la casa de la abuela”.

Lo que se le dice atribuye una connotación patológica a la expresión de sentimientos normales.

Y así, no sólo no se le legaliza y permite sacar su rabia, sino que además se ejerce una agresión sobre él.

Agresión por reprimir lo natural.

Agresión por rotular lo natural, como sentimiento patológico.

Agresión por lo brutal del proceso que se instrumenta para mantener la disociación (cuánta soledad y cuánto desconcierto sentirá ese niño en casa de sus abuelos a pesar del cariño que reciba; qué solo con su proceso auestas!).

Agresión, en definitiva porque aborta procesos de maduración y crecimiento.

Esta agresión ejercida sobre el niño lo deja impotente, inflado de rabia y de dolor; solicitado de que cuide al hermanito desde no se sabe qué mandato moralista; desconcertado por su supuesta maldad. No le queda otra alternativa que sentirse un poco monstruo y avergonzarse. Oculta y niega su maldad, su vergüenza.

Con una sucesión cotidiana de situaciones como ésta, va articulando su aprendizaje de vida, de los vínculos, de modo distorsionado, lo que le llevará a instrumentar formas de comunicación dependientes y rígidas.

Irá formando un falso self, con una máscara de aspectos supuestamente buenos, con el ocultamiento de aspectos muy malos, que desde esta dinámica irán adquiriendo dimensiones desbordantes.

No se le brinda la posibilidad de canalizar los impulsos adecuadamente.

Desde esto reprimirá, sin resolverlos, sus sentimientos de rabia y, junto con ello, hipotecará la posibilidad de un vínculo armonioso y creativo, comprometido e intenso.

Se relacionará, por el contrario, desde vínculos idealizados, en sus aspectos amorosos u hostiles, que vivirá por separado.

Será obligado a tener “buenos sentimientos”, desde un ideal inalcanzable. Se le ensalzarán valores, se le hará la apología de la bondad, generosidad, altruismo y amor a los demás.

Todo esto desde un discurso idealista que nada tiene que ver con lo que es un buen sentimiento, ni con lo que el entorno le propone, ni con lo que se pretende plasmar en su aprendizaje.

Dialéctica de la represión.

Partes disociadas sujetas a quedar ocultas.

Partes disociadas que representando “lo bueno” deben aparecer como careta ideal.

Es sometido a un feroz doble mensaje.

Se le pide generosidad y no violencia.

Se le violenta lo más intrínseco de su aprendizaje de vida.

En la escuela, el profesorado busca sofisticadas teorías de la motivación, para despertar el interés por el aprendizaje de su alumnado; interés y aprendizaje de la vida que se acaba de allanar, expropiar, reprimir y enjuiciar, desde el lugar de omnipotencia y autoritarismo del adulto/a, desde el lugar de pasividad del alumnado.

Lugares asignados que vacían a ambos, para después pedirles que estén llenos, que la pedagogía es el arte de educar, que la creatividad debe ser expresada.

Es la violencia de un sistema, ejercida de modo sutil y cotidiano, que penetra implacablemente atando sus cabos en toda situación de aprendizaje, de crecimiento, entendidos estos en sentido amplio.

Se educa ejerciendo agresión. No se canalizan los impulsos agresivos ni los amorosos adecuadamente.

Esto provoca, en otra vuelta de espiral, la reproducción de impulsos agresivos que se intentarán mantener en los niveles de latencia.

Sin embargo, allí están, latentes, fruto de una intoxicación lenta, permanente y perniciosa.

Allí están, dispuestos a expresarse dicotomizadamente de otros comportamientos, como algo suelto.

“Es como una fiera”, decía una mamá, “siempre quiere salirse con la suya. Es egoísta y engreído. Me salió así, es que tiene el carácter de su abuelo”. Esto se dirá para seguir manteniendo la disociación, o

“Es que es muy caprichoso”...

“Es que los jóvenes de hoy”...

“No, si con esto de la democracia”...

“Con Franco no pasaba”...

“Es la droga”...

“Hay que aplicar la pena de muerte. Que les casquen a unos cuantos y verás cómo se acaba”...

Aparte de configurar una personalidad inmadura y un estilo de vinculación precaria. ¿Cuáles pueden ser los destinos de estos comportamientos, vivencias disociadas y reprimidas?

Tendrán su expresión en situaciones de maltrato, encasilladas como conductas patológicas y componentes de marginalidad; en una situación callejera donde se aprovecha la mínima para explotar:

“¡Eh! Oiga, ¿no ve por dónde va?”

“¡Yo voy por donde me da la gana!”

“¡Me cago en su puta madre, cabrón!”

“Usted a mi madre no la meta”.

“¡Bájese si es hombre!”

“¡¡HOSTIAS!!!”

Tendrán su expresión en respuestas descolocadas; en el gesto crispado; en relaciones inmaduras; en pseudoadaptaciones; en actitudes paranoicas; o estará dispuesta a ser canalizada institucionalmente, para brindar o adquirir, por ejemplo, el rótulo de mejor soldado por su brutal condescendencia con la destrucción.

Rotulación de “marginales” a quienes portavocean agresivamente la trama de esta historia; y canalización institucional legalizada y desarrollada desde las instituciones básicas (familia, escuela, sanidad, fuerza del orden, justicia, etcétera) son las maneras de control y reproducción del sistema en que vivimos.

Sistema que agrede, cuando reprime y coarta las más elementales pautas de desarrollo del ser humano; que intoxica poco a poco e inexorablemente; que impone lo disociado, la comunicación pregenital, las relaciones de dependencia.

Que permite a la mujer una queja parcial, donde el hombre es su rival, sin dejarla llegar a leer desde una visión integradora el porqué de sus roles asignados.

Que intenta que el hombre se crea privilegiado recreándose en los beneficios del machismo y así, desde la culpa, calle.

Que insiste en que “el rey de la casa” es el niño, para confiscarle su lugar de juego y crecimiento, al sentarlo en el trono.

Que niega el crecimiento de todos los sujetos.

Que permite cambios que puede neutralizar.

Comportamiento agresivo social que impone un absurdo ideal de bondad, que reniega de los sentimientos agresivos como malos, que recrea, a su vez, sin más remedio, relaciones inmaduras sumidas en la destructividad;

que machaca desde comportamientos agresivos legalizados institucionalmente; que aísla, juzga o “cura” a quien sea portavoz de esta sinrazón.

Nuestra praxis aborda la Promoción de Salud, entendida en este sentido. Desde un caminar por la vida, leyendo en el libro de lo cotidiano, aprendiendo a decodificarlo con rigurosidad científica, combatiendo el idealismo, promoviendo el ser artífices de nuestro hacer social, valorando el alto grado, tantas veces rescatado, de placer y crecimiento personal–grupal que nos brinda esta tarea.

Creo importante recalcar, desde este enfoque, la necesidad de situarnos en psicología y psicopatología de la vida cotidiana; de no contentarnos con depositar en el campo cada vez mayor de la marginalidad o de la clínica determinados comportamientos, siendo así cómplices de la disociación; y de, entendiendo nuestro ser social, hacernos cargo de la partecita que nos toca, aunque “seamos los/as más buenos/as del mundo”...